

## Teresa, mi vecina.

### Conversaciones con Teresa Berganza

---

#### F. Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA

“La soledad es la fuente donde se bebe la inspiración de la belleza. El silencio es el templo donde se escucha la voz de los dioses. A ese templo he acudido todos los días de mi vida; en aquella fuente me embriagó el entusiasmo que me transformó en artista”.

(T. Berganza, *Flor de soledad y silencio*, p. 9).

Casi todos mis contactos con Teresa -nada de doña, ni de usted, porque le recordaba el tratamiento a las antiguas porteras de las casas de Madrid-, fueron fruto del azar o encuentro accidental o casual, tal como lo concibe Aristóteles<sup>1</sup>, sin haber una relación causal.

Regresaba de mis clases en las Casas de Oficios a “María Cristina” a media mañana de finales de año de 1991; la lonja desierta, bastante niebla y

---

<sup>1</sup> “La casualidad se diferencia de la suerte por ser una noción más amplia. Porque todo cuanto se debe a la suerte se debe también a la casualidad, pero no todo cuanto se debe a la casualidad se debe a la suerte. La suerte y lo que resulta de ella sólo pertenecen a quienes pueden tener buena suerte y en general tener una actividad en la vida. Por eso la suerte se limita necesariamente a la actividad humana”. Aristóteles, “Diferencia entre suerte y casualidad”, en *Física*, II, 6, ed. de Guillermo R. de Echandía, Madrid 1995, p. 155; ROSSI, G., *El azar según Aristóteles. Estructuras de la causalidad accidental en los procesos naturales y prácticos*, en Academia Verlag 2012.

poco a poco descubrí a Teresa Berganza paseando sola, bien tapada con un abrigo de piel y sombrero. Me decidí acercarme a saludarla y presentarme; no la quería molestar pero me extrañó verla un día así pensando que no sería bueno para la garganta y las cuerdas vocales. Muy atenta me respondió que en absoluto era perjudicial, salvo que se tuviese otro tipo de complicación.

Me dijo que no le molestaba con mi comentario y si no tenía prisa podíamos caminar por delante de la fachada principal como lo estaba haciendo. Fue un placer porque hablamos de todo un poco: de San Lorenzo, del Monasterio, de las posibilidades que tenía el pueblo... Había vivido en el edificio del Coliseo Carlos III. Le dije que siendo veraneante lo había conocido como sala de cine "Lope de Vega", y luego como seminarista agustino conocí al luego académico José López Rubio y la campaña que hizo para que la piqueta no lo convirtiera en apartamentos, y la decisión de restaurarlo de Pedro Martín.

Estaba informada de la historia porque había vivido brevemente en los apartamentos de la parte superior; ahora estaba en La Pizarra y le resultaba incómodo tener que subir al pueblo. Sabe –me dijo–, soy de ciudad y me gusta salir por el barrio, comprar el pan, tomar un café, saludar y charlar un momento con algún conocido y esas cosas sencillas. Las urbanizaciones son buenas, modernas, cómodas, pero te aíslan y para todo necesitas coche; hay que quedar en un lugar y que te recojan, o buscar un taxi...

Nos despedimos con el cortés hasta otro día.

En un recital del Real -creo que el único-, pasé a saludarla y decirle que era el agustino que hacía años nos habíamos conocido en la lonja del Escorial; con mirada viva, me dijo que me recordaba. Entonces fue cuando le di una noticia que la sorprendió. Le dije que éramos vecinos, porque vivía en una casa del Patrimonio con ventanas al "Patio de Campanas", y en la esquina opuesta vivía yo; le hizo gracia y me dijo que quería hablar conmigo para un asunto doméstico. –Déjeme su tarjeta, por favor, y le llamaré.

Pasaron unas semanas, pero una mañana desde la centralita de María Cristina me llamaron al despacho y me pasaron la llamada:

- Padre, soy Teresa -voz inconfundible por escucharla tantas veces en grabaciones-, ¿recuerda que le dije cuando pasó a saludarme en el Real que quería hablar? ¿Puede venir unos minutos esta tarde sobre las 5?
- No hay problema, estaré.

La cosa era sencilla. El patio, era/es muy recoleto y tranquilo, pero necesitaba cuidarse.

–Usted sabe que durante unas semanas de primavera esta verde, pero luego se seca todo, nadie lo cuida; en el Patrimonio me han dicho que tres laterales son del Centro Universitario, y el cuarto del mediodía es del edificio de esta Casa de la Reina.

Le dije que todo era cierto y que se lo diría al Rector y trataría de que se mejorase el aspecto. Y aproveché para comentarle que el nombre correcto del edificio donde vivía era la Casa de Infantes<sup>2</sup>, pero en la Restauración borbónica, cuando Isabel II regresó del exilio de París, su hijo Alfonso XII le preparó alojamiento en San Lorenzo, frente al Monasterio, para no tenerla en Madrid en el palacio, y por eso a la parte central del edificio se le comenzó a llamar Casa de la Reina.

Luego derivamos la conversación y me preguntó que si, además de profesor, estudiaba otras cosas y le dije que últimamente trabajaba en lo que se llamaba “Fiestas barrocas”; al escuchar eso, me preguntó: - ¿Fiestas en el siglo XVII?, -Claro le dije, y hablamos mucho de ese período, del arte, del teatro y me comentó su amor a la ópera barroca.

Entonces le comenté un suceso. Con inmensa alegría en la temporada de ópera de Madrid, 1990-1991 -todavía en el Teatro de la Zarzuela-, vi que se estrenaba, por fin, “Rinaldo” de Händel, una de las que figuran en mi lista de óperas predilectas, de la que he llegado a tener tres versiones. Las representa-

---

<sup>2</sup> “En el mismo año [1771], el duque de Véjar, en carta particular, avisó al prior, que los Sermos. Infantes don Antonio y don Gabriel habían determinado edificar a su costa una gran casa para alojamiento de sus criados, y que al efecto pasaba a aquel real sitio el arquitecto don Juan de Villanueva, para designar el terreno y comenzar la obra. Se suscitaron algunas dificultades por parte de la comunidad; pero en 10 de febrero [1772?] escribió también sobre lo mismo el marqués de Grimaldi, y entonces, por parte del convento, se nombró al P. Fr. Antonio Pontones, a fin de que se entendiese con el arquitecto, y ambos allanaron las dificultades y arreglaron las condiciones. En consecuencia, se comenzó la obra: primero se hicieron grandes excavaciones a manera de pozos, tanto para encontrar el terreno firme, como para sanearlo de los muchos manantiales que aflúan, y después se hizo la casa, siguiendo en lo exterior en un todo el orden arquitectónico del monasterio, cuya comunidad hizo por su cuenta lo que faltaba hasta unir este edificio con la Compañía, de modo que esta casa, llamada de *Infantes*, puede decirse que forma con el edificio un todo homogéneo y vistoso, que ayuda muchísimo a la magestad y hermosura de la gran plaza que se estiende frente a la fachada principal del convento”, QUEVEDO, J., *Historia del Real Monasterio de San Lorenzo, llamado comúnmente del Escorial...*, Madrid 1840, pp. 191-192.

ciones fueron en abril y la de mi abono creo que me correspondió el día 15<sup>3</sup>. Cuando escribo esto he mirado en el programa que conservo pero no tengo anotación ninguna. Volviendo a mi charla de dije: la Zarzuela emitió un comunicado informando que habías cancelado tu actuación<sup>4</sup>.

–Efectivamente sufrí esos días un problema de salud y no estaba en condiciones de salir a escena; siempre he sido muy exigente con migo y con enorme respeto para con el público.

–No te lo vas a creer -le dije-, pocas semanas después por medio de una agencia que se dedicaba a entradas conseguí una para escuchar tu versión de Rinaldo en el San Carlos de Lisboa...

Se puso a reír y me dijo: -¡Qué fervor, por Händel y por mí!

Y continué con otro sucedido. En el recordado 92 tuve oportunidad de escucharte en el Teatro de la Maestranza -también en abril- “Carmen”. Pensaba que sería una experiencia artística inolvidable<sup>5</sup>. No fue la representación que esperaba, pero estaba en Sevilla, con su cielo, con su ambiente, con la fábrica de tabaco cerca... Es cierto -me respondió- hubo muchos problemas de todo tipo.

A propósito de la vecindad en el Patio de Campanas le expliqué que se le llamaba así por ser donde mejor se escuchan las campanas del Monasterio;

<sup>3</sup> Así comenzaba Enrique Franco su crónica: “Y al fin, Teresa Berganza fue Rinaldo. Anoche, en la cuarta representación de la ópera de Haendel, reapareció Teresa Berganza, esperada en un escenario lírico madrileño desde hace más de veinte años. Demasiado tiempo y demasiada ausencia. Pero Berganza, que no se arredra ante cometidos de tanta dificultad como *Rinaldo*, llegó, cantó y venció. Lo hizo, además, en un medio de alta calidad y junto a la soprano navarra María Bayo, esto es, la generación ascendente”, *El País*, 22 de abril 1991:

[https://elpais.com/diario/1991/04/23/cultura/672357611\\_850215.html?event\\_log=oklogin](https://elpais.com/diario/1991/04/23/cultura/672357611_850215.html?event_log=oklogin).

<sup>4</sup> Händel: Rinaldo. 1991, Madrid. Rinaldo: Teresa Berganza Argante: Natale de Carolis Almirena: Maria Bayo Goffredo: Thomas Randle Armida: Lilian Watson Mago Cristiano: Juan Pedro Garcia Marques Sirena: Anna María Leon. Conductor: Anthony Ros-Marba Teatro de la Zarzuela, Madrid 27 April 1991. CD6680: <https://www.operapassion.com/cd6680.html>.

<sup>5</sup> Días 24 y 28 de abril y 2 de mayo de 1992. CARMEN de George Bizet. Director Musical, Plácido Domingo. Directora de Escena, Nuria Espert. Director de movimiento, Stuart Hopps. Escenografía, Gerardo Vera. Director del Coro, Romano Gandolfi. Intérpretes, Teresa Berganza, José Carreras, Justino Díaz, Teresa Verdera, Stefano Palatchi, Imael Pons, M<sup>a</sup> José Sánchez, Alicia Martínez Borges, Jorge Chamine, Santiago Sánchez Jericó. Orquesta y Coro del Gran Teatre del Liceu. Coproducción del Gran Teatre del Liceu y The Royal Opera House Covent Garden.

<https://cdn.teatrodelaestranza.es/teatro-maestranza/seasons/19911992/programacion-1992.pdf> // [https://elpais.com/diario/1992/04/25/cultura/704152812\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1992/04/25/cultura/704152812_850215.html).

pura consecuencia física de la difusión recta del sonido y estar frente a la puerta principal del Monasterio: Patio de Reyes y torre de las campanas. Y por eso le confesé un secreto personal.

Desde que me enteré que vino a vivir a la otra esquina del Patio de Campanas, en verano, cuando tengo abiertas las ventanas del despacho tengo cuidado con la música que pongo; siempre trabajo con música de radio-clásica o de mi discreta discoteca. Incluso tengo seleccionado el género y época según la hora del día y el tipo de trabajo que esté haciendo; algunas veces cuando veo tus ventanas abiertas pienso y me pregunto: si Teresa me escucha, ¿qué pensará? Cuando se lo dije, no pudo contener la risa y me dijo: -Ni se le ocurra escoger música indirectamente para mí.

Nunca le comenté que me “ofreció” un par de experiencias íntimas únicas, aunque pueda parecer pedante el calificativo. En María Cristina la cena de Navidad solía terminar sobre las 22,30 hs. y sobra tiempo hasta ir al Monasterio para la Misa del Gallo. Entonces fumaba un poco; un año, casualmente otra vez, me asomé a la ventana de mi despacho para fumar un cigarro. En las ventanas de Teresa había luz como tantas veces. Pero en aquel silencio del Patio de Campanas escuché que cantaba un villancico, y otros. Me conmoví en los cimientos íntimos, porque había sido como invitado especial a esa cena íntima y familiar<sup>6</sup>. Algún año más -y no repetidos porque no falté a esa cita-, se repitió aquel regalo especial de Navidad. Sencillamente inolvidable.

Tengo que decir que en mis reducidas conversaciones con Teresa no hubo nunca preguntas comprometidas de ningún tipo; hablamos de música, de cultura, de trabajo. Por estar en San Lorenzo tocamos de forma general el tema de la falta de ideas para crear un pueblo que culturalmente llegase a ser referente, del Auditorio, del edificio en sí, y de la mala gestión artística que tenía.

Le dije que unos pocos conocidos habíamos puesto esperanza de sustituir encantados los abonos musicales de Madrid por los del Escorial, pero tuvimos que mantenerlos por lo que se ofrecía aquí. Comprendía que algo no funcionaba, pero no conocía si se pensaba hacer algo a la corta.

Otro día coincidimos en el autobús de Herranz camino de San Lorenzo; volvimos hacia la lonja y le comenté si imaginaba ver el Monasterio iluminado

---

<sup>6</sup> Recordé lo que poco después celebraríamos en la liturgia: “Cuando un sosegado silencio todo lo envolvía, y la noche se encontraba en la mitad de su carrera, tu Palabra omnipotente, Señor, descendió de los cielos desde tu trono real” (Sab. 18, 14-15).

con velas y cuencos de aceite en todas las ventanas<sup>7</sup>. Me miró perpleja, y le dije que eso era unos de los aspectos importantes de las fiestas barrocas; transformar la visión de los centros de las ciudades, y que los cronistas de las celebraciones suelen resumir en “hacer de la noche, día”; pura escenografía barroca. Al despedirnos, le prometí dejarle un libro de los Simposios que venía dirigiendo en septiembre sobre *Literatura e imagen en el Escorial*, donde estudiaba las fiestas barrocas celebradas en este pueblo. Y efectivamente, al día siguiente lo entregué en su casa<sup>8</sup>.

Semanas después en la recepción de María Cristina, en un sobre grande a mi nombre, me encontré con un libro: *Flor de soledad y silencio. Meditaciones de una cantante*<sup>9</sup>; dentro una sencilla nota que decía: “uno por otro”.

Otros encuentros, también casuales han sido por el camino de la Horizontal; algunas veces -según me decía- subía acompañada de alguien y paseaba. Le dije que solía hacerlo casi a diario; antes, escuchando música, hasta que descubrí que era un placer escuchar a la naturaleza y pensar; me comentó que no era mal cambio. Charlábamos un momento y luego seguíamos nuestros caminos. Lo mismo hemos hecho en las galerías de María Cristina cuando un día me la encontré y le pregunté qué hacía en esta casa; me dijo que, por problemas de espalda, venía a la clínica de Quiropráctica. Una de las veces que nos vimos en la galería me dijo:

---

<sup>7</sup> “Quiso también el Rey regocijar la fiesta [consagración de la Basílica] y el gozo que ardía en su pecho despertarlo en el de todos: mandó que se pudiesen por todo el templo y por la casa luminarias, y que la noche que esperaba tan solemne día no fuese oscura. Hicieron muchas. No conciertan los oficiales en el número, unos dicen seis; otros, cinco mil; otros, más; otros, menos. Éstas eran unas lámparas de barro llenas de aceite rodeadas con papel aceitado para defenderlas del aire; tenían unas mechas o torcidas que, aunque de estopa, las hilaron las damas de la Infanta, y aun ella creo no se desdeñó de hacer alguna por entrar en parte de la fiesta. Al punto que cerró la noche se encendieron todas con harta presteza y se vio una de las más alegres vistas que se pudiera imaginar. Como el ventanaje de la casa es tanto y tan bien guardada proporción y en todas ellas estaban tantas luces, veníase a los ojos una compostura de gloria (...) y vislumbres de tanta hermosura en medio de aquella sombra de los edificios, que no parecía cosa de la tierra. Jurara quien la veía se parecía mucho a aquella Jerusalén santa que vio el Apóstol descender del cielo (...)”

Viéronse estas luminarias, por ser tantas, desde Toledo, y desde Ocaña, y desde otros lugares, porque los que tenían noticia de la fiesta estuvieron sobre aviso y pudieron mostrarlo a otros. Salió el Rey de su aposento; lleváronle en una silla, porque la gota le tenía impedido; subió al claustro alto del convento por gozar de la vista y del fruto de su santa invención”, SIGÜENZA, J. de, *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, lib. III, disc. XVII.

<sup>8</sup> “El Escorial y la imagen de la fiesta barroca”, en *Literatura e Imagen en El Escorial*. Actas del Simposium. San Lorenzo del Escorial 1996, pp. 337-404.

<sup>9</sup> Real Musical, S.A., Madrid 1984.

- Padre, haga el favor de pedir por mí que lo necesito.

- Claro que sí, cuente con ello -le respondí-; eso es un favor de buenos vecinos. Charlamos un momento y la acompañé al ascensor y hasta la puerta de la clínica.

Muy temprano, la mañana del pasado día 13 de mayo, me entero que en el silencio de esa madrugada del Escorial, junto al Patio de Campanas, se ha apagado la voz de mi vecina Teresa Berganza. Por respeto no he puesto música, y luego he buscado el libro que me regaló de *Soledad y Silencio*; allí me he encontrado con este famoso texto:

*Ven, muerte, tan escondida,  
que no te sienta venir  
porque el placer de morir  
no me vuelva a dar la vida*<sup>10</sup>.




---

<sup>10</sup> Composición anónima -de las más famosas de toda la Baja Edad Media-, fue retocada por muchos poetas. Recogida en el Cancionero General de Hernando del Catillo, de 1511, y modernamente asignada su autoría al Comendador Luis de Escrivá. *Cancionero General recopilado por Hernando del Castillo (Valencia, 1511)*. Introducción bibliográfica, índice y apéndices, A. Rodríguez-Moñino, Madrid 1958; RIQUER, M. de, “Los escritores mossèn Joan Escrivà y el Comendador Escrivá”, en *Cultura neolatina* (Módena), LIII (1993) 85-113; PEREA RODRÍGUEZ, O., “Valencia en el Cancionero general de Hernando del Castillo: los poetas y los poemas”, en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* (Universidad Complutense), 21 (2003) 227-251; PARISI, I., “La verdadera identidad del Comendador Escrivá, poeta valenciano de la primera mitad del siglo XVI”, en *Estudis Romànics* (Institut d’Estudis Catalans), 31 (2009) 141-162; PÉREZ BOSCH, E., *Los poetas valencianos del Cancionero general. Valencia 1511 y 1514*, Valencia 2011, pp. 283-289 y 304-317; VARIOS, *Estudios sobre el Cancionero General (Valencia, 1511)*, Valencia 2012.

